

Traducción de
AURELIO GARZÓN DEL CAMINO

PAUL BÉNICHOU

LA CORONACION DEL ESCRITOR

*Ensayo sobre el advenimiento de un poder
espiritual laico en la Francia moderna*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

LA REVOLUCIÓN ROMÁNTICA

SE SABE desde hace mucho tiempo que lo que se llama romanticismo¹ fue algo más que una revolución literaria, y que dicho movimiento traía consigo un trastorno general de los valores. Por difícil que sea definir por medio de características constantes la visión romántica del mundo, se advierte que lo esencial lo suministró cierta mutación de la fe humanista del siglo precedente, y que en el seno de esta mutación, aunque se presentara como un compromiso con la tradición religiosa, continuaban dibujándose los contornos de un poder espiritual nuevo, que se hacía residir en la literatura, elevada a una dignidad hasta entonces desconocida. El espiritualismo romántico propende a investir ese poder más particularmente a la poesía; en este sentido el romanticismo es una consagración del poeta. No lo es por accidente, o por una consecuencia accesoria de su naturaleza; lo es por esencia. En la exaltación de la poesía, elevada al nivel del más alto valor, convertida en verdad, religión, luz sobre nuestro destino, es donde hay que ver sin duda el rasgo distintivo más seguro del romanticismo: es de eso de lo que no se tenía idea antes de él. El escritor inspirado reemplaza, como sucesor del sacerdote, al Filósofo de la época precedente. Las letras románticas han propuesto un nuevo sustituto de la fe religiosa, más cercano a ellas: un sustituto incierto, privado de sanción doctrinal oficial, abierto a las dudas y a las blasfemias, pero cuyos defectos mismos eran, en la situación de los espíritus, otros tantos méritos. Así, la revolución romántica ha consistido menos en la transformación de la literatura que en su asombrosa promoción: son las necesidades de esta promoción las que, en una amplia medida, han impuesto la reforma literaria. No quiere esto decir que en otras épocas de la historia francesa las letras y las artes, la poesía en particular, no hayan podido gozar de un prestigio bastante grande; pero era siempre en un mundo en el que el primer plano, en el orden del espíritu, estaba ocupado por un poder incomparablemente superior a toda literatura; el poeta entonces reinaba sobre un cielo auxiliar o unos Campos Elíseos profanos; la llave del mundo espiritual estaba en la mano del sacerdote. Para el romanticismo, el Poeta, buscador, intér-

¹ Entiendo por romanticismo lo que es costumbre llamar así en literatura francesa, y que existe por cierto en ella como conjunto caracterizado. El grado de propiedad del término y el hecho de que ha podido designar en otras literaturas ajenas a la francesa unas realidades sensiblemente distintas, no me interesan aquí.

prete y guía, se halla en el centro del mundo espiritual, del cual el sacerdote no conserva ya más que una de las versiones posibles. Tal es la novedad que hace del romanticismo el signo de un trastorno profundo.

Es notable que la idea del sacerdocio poético, en la forma que ha tomado finalmente, haya sido tributaria a la vez de las dos grandes corrientes de pensamiento que hemos tratado de describir hasta aquí. La contra-revolución y el liberalismo llegaron al mismo fin, cada cual a su manera y por sus propios motivos; las lógicas particulares y diversas colaboraron admirablemente, en este memorable ejemplo, con la lógica general de las circunstancias. Finalmente, cada partido hizo comprender al otro lo que en sus miras había de insuficiencia, y nació entonces una especie de unidad romántica, que consagró la ruina del antiguo orden de valores e inauguró el nuevo. Los debates propiamente literarios que marcaron la crisis se aclaran a esta luz más amplia. La discusión comenzó ya en el Imperio, limitada primero a controversias sobre la reforma posible del teatro y la imitación de modelos literarios extranjeros. Pronto versó sobre una revisión más extensa, y especialmente sobre la concesión a los escritores de una libertad de inspiración que ponía en juego el conjunto de la tradición literaria. Poco a poco, estas discusiones hicieron olvidar las de la época anterior, que se referían casi únicamente, entre monárquicos y liberales, a la preferencia que convenía dar, sin salir del marco clásico, al siglo XVII o al siglo XVIII, es decir en el fondo, a la condena o la aprobación del ministerio progresista del literato filósofo. Semejante debate, centrado sobre datos del pasado cuando de hecho estaba alimentado por las pasiones del presente, podía con dificultad prolongarse tal cual. Nuevos valores pedían nacer, creando esta vez la disputa en el seno de cada uno de los dos partidos, ya que el uno y el otro deseaban y temían a la vez modificar las opiniones tradicionales en literatura y concebir otra cosa. La tentación del cambio sacaba sus razones de la filosofía misma de cada partido, introduciendo en cada uno de ellos una división tan sensible como la que había podido separarlos el uno del otro en la apreciación comparada de Bossuet y de Voltaire. Las novedades que salieron así a la luz separadamente entre los monárquicos y los liberales fueron al principio bastante distintas acá y allá. Hasta las pocas ideas comunes se presentaban bajo una luz diferente según el medio político. Pero surgió una impregnación recíproca, a la vez que, con la proximidad de la caída de los Borbones, se renovaban las condiciones políticas, y la unidad del romanticismo aseguró rápidamente su triunfo al nivel de la sociedad intelectual viva. ¿Según qué vías y para responder a qué necesidad este nuevo conjunto de ideas, que excedía con mucho el al-